

Una mujer capaz de confesar su edad puede confesarlo todo, decía Oscar Wilde. Lo cierto es que el calendario no tiene poesía y es demasiado mecánico y pedestre. Es mejor el misterio y vale decir que cada cual tiene la edad de su alma. No es el caso de Elena Caffarena que siempre ha sido exacta y fiel a la verdad desnuda. Por estos días cumple 95 años. Ha vivido casi todo el siglo y conserva la lucidez de muchacha.

Fue pionera de los derechos de las mujeres. No ha permanecido ausente de ninguna de las batallas que ella misma ha iniciado con otras mujeres. Fue una de las redactoras de la ley que en 1949 consagró el pleno sufragio femenino. Fundó en 1935 el Movimiento de Emancipación de la Mujer (Memch) que no fue un club de señoras sino una memorable trinchera que apuntaba hacia "la emancipación integral, económica, jurídica, biológica y política de la mujer".

Pretender tales reivindicaciones era un escándalo en ese tiempo. Las damas conservadoras dijeron "es una pretensión de cerebros enfermizos y desquiciados". Los ataques no las desalentaron. En 1937 el Memch organizó el Primer Congreso Nacional de Mujeres. Se habló de la plena igualdad en el trabajo, los estudios, las leyes, de la protección a la maternidad, de

salas cunas, del desayuno escolar para los niños pobres, de la plena participación femenina en la vida del país.

Todavía se sostenía que las mujeres no debían ser parte de la escena cívica; que su papel se reducía a la procreación y a la cocina; a los tejidos caseros y a la piedad religiosa; a la búsqueda de un novio que fuera un buen partido.

Elena Caffarena fundó, además, con la escritora Marta Vergara, una revista *La Mujer Nueva* que proclamaba aspiraciones inauditas. Era una brillante abogada cuya familia fundó en Iquique una próspera industria textil que extendió sus dominios a la capital. No le entusiasmó la condición de empresaria y le dejó el negocio a sus hermanos. Había conocido a su marido, Jorge Jiles, un joven abogado cuando inició su carrera en el Servicio de Asistencia Judicial Gratuita. Era una bella joven de apariencia frágil desmentida por el fuego de sus acciones. Participó en los años 20 en las grandes

Elena Caffarena

de Jiles '03

VINETA

LUIS ALBERTO
MANSILLA

peleas de la Federación de Estudiantes. Un día sus compañeros se tomaron la casa de Bello para exigir una inmediata reforma universitaria. Ingresaron los carabineros para desalojar el lugar. Se produjo una desbandada de los ocupantes y entonces la bella Elena subió a una silla y

gritó: "El que no sea hombre que se vaya. No necesitamos cobardes". Nadie se movió.

Rara vez la abogada ganó honorarios por juicios privados. El Memch creció como una ola. No discriminaba a nadie por sus ideas políticas, credos religiosos o condición social. Se preocupaba de la explotación de las empleadas domésticas, de las trabajadoras a domicilio, de las temporeras del campo, de las funcionarias públicas, de las madres solteras, de las obreras. Practicaban un feminismo que no convertía a los varones en la causa de los males sino a un sistema que había que transformar y que debía acostumbrarse a que las mujeres son la otra mitad de la humanidad.

Fue decisiva la acción de Elena Caffarena en la creación del Consejo Nacional del Niño del que fue ejecutiva. Nunca militó en partido alguno pero la asimilaron al PC en 1948 y fue borrada de los registros electorales. No fue invitada a la promulgación de la ley del voto femenino en 1949, su más obstinada bandera.

No toleraba la inactividad. Cuando se sintió impotente ante la dictadura abrió su casa de calle Seminario —un viejo y amplio chalet— para que allí desahogaran sus penas las mujeres de los presos políticos, de los torturados, de los desaparecidos. Dijo entonces: "Esta es mi casa. Me sentaré y recibiré a quienes vengan". Acudió un desfile de mujeres llorosas y desesperadas. Con su amiga Olga Poblete se empeñó en que esos dolores se transformaran en acción y rebeldía. Reapareció el Memch y sus movilizaciones.

Una de sus últimas iniciativas fue crear una organización destinada a proteger con la ayuda internacional a la infancia dañada por la violencia de esos años: a los huérfanos, los traumatizados, los desadaptados.

Ahora a los 95 conserva el humor y la sabiduría. Allí está amable, apenas lamentando los achaques de la vejez. No espera laureles. Le basta con haber cumplido consigo misma.

ARE 2682

La Epoca 23-3-98

P. 8